

**ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA**

**Carta nº 159: Todos los santos tienen octava**

Estimados padres:

Un quinto del camino recorrido. Un dedo de la mano replegado. Dos meses que, cuando arrancó el curso, se imaginaron distintos por mejores y más plenos. Seguro. Es el momento de comprobar aquellas expectativas. Porque muchas veces sucede que los mejores planes y las mejores intenciones chocan con la cruda realidad de una inercia o de un acomodo que evita o impide el afrontar las cosas de una manera distinta. En crianza y en educación, no debe ser así.

Este delicado oficio en el que los precedentes deberían ayudar a facilitar las cosas, no está exento de que las más planificadas actuaciones y los más controlados empeños, acaben dilapidados por cualquier contingencia inesperada. Y el tiempo no debería ser un elemento para presionar sino para disponer. Ciertamente que el tiempo es rígido y ni se estira ni se encoge a nuestro capricho pero también es verdad que si sabemos hacer del tiempo nuestro aliado, seguro que las cosas salen mejor.

Pensando en ese niño pequeño pero también en esa mocita de mediana infancia o incluso en el gansote adolescente, el tiempo que es vivido de manera tan subjetiva por todos ellos, puede ser ordenado desde fuera por nosotros, sus mayores, para que en vez de un obstáculo se convierta en una ayuda a su progreso académico y personal.

Es verdad que no estaremos libres, especialmente pensando en los chicos más mayores para los que una parte de ese tiempo siempre estará perdido; de que se tarde en reaccionar o parezca que padecen una sordera selectiva. Es lo propio, “lo que toca” cuando las hormonas golean a las neuronas en ese partido que disputan y al que asistimos los adultos (desde la esperanza y la resignación a intervalos) esperando que la sensatez y la prudencia acaben dándole la vuelta al marcador.

No es cierto que no sepamos lo que hay que hacer para mantener o para reconducir las situaciones. El asunto estriba en tener la capacidad de resistencia, el tesón suficiente para seguir intentándolo incluso cuando parece que las cosas no tienen remedio.

Las Matemáticas, el Inglés o la Historia, por poner solamente algunas de ellas, pueden ser un muro más elevado que el de Berlín, para algunos, pero hasta ese muro fue derribado. Y lo fue contra la opinión de algunos que pensaron (y esperaban) que quedara ahí -y para siempre- como una cicatriz en medio de Europa. También los niños y los muchachos pueden “derribar” o, mejor aún, saltar ese muro para que en los siguientes cursos no acumulen nuevos temores ni se generen reacciones evasivas.

Y lo mismo que se dice para los alumnos mayores se puede decir de los infantes y de los que ya no son tan pequeños: que la lectura no es fluida o la comprensión falla; que la tabla se olvida o duda con tanta facilidad como parece aprenderse; que las horas no dan para lo obligado y lo elegido ... pues, ¡a intentarlo! A buscar razones por las que no hacer del aprender y conocer una sucesión de malos ratos sino de dulces momentos en los que después de haberse esforzado (en tiempo de dedicación, en perseverancia, en pedir ayuda) sientan que aquella densa niebla del principio se disipa y da paso al espléndido sol de asimilar y controlar los conceptos, los procedimientos y las relaciones entre todo, eso que un día supuso algunos ratos de inquietud o, incluso, angustia. Porque resulta imprescindible descubrir y experimentar que saber es libertad. Para ellos y para los que les quieren. En la casa y en el aula.

Porque. superando esa dejadez que se percibe en mucha parte de la juventud, aparentemente más interesada por el próximo concierto o la preventa del último avance en telefonillos, de una vez ya tendremos que aceptar que nada sobra. Que conocer no es un lujo ni un privilegio reservado para una casta, sino la oportunidad de acceder a algunas claves que les permitan entender y explicarse el mundo en el que viven y la historia que les ha traído hasta el presente, siempre con una orientación de contribuir, individual y colectivamente, a transformar ese mundo para un mejor futuro.

Todos los santos tienen octava, se decía en tiempos, para señalar que lo no cumplido en fecha (felicitar en el mismo día que señalara el santoral, por ejemplo) podía remediarse durante el plazo de una semana. Pues algo parecido nos sucede a nosotros. Hemos llegado al final del primer bimestre. Hay margen de mejora. Queda aún mucho curso y vamos a conseguirlo. Es cuestión de que las posibles dificultades que muestre nuestro hijo no nos lleguen a agobiar (sin que eso se traduzca en algo que al niño o al muchacho. le parezca indiferencia) y que nuestro propósito de ayuda y colaboración, proporcional según las distintas edades, no le traslade ningún tipo de ansiedad.

Crear las condiciones para que las criaturas puedan ir desarrollando y acrecentando sus habilidades para manejarse con las tareas y los contenidos es lo que como padres y maestros estamos obligados a hacer, desde la comprensión, el cariño y la confianza, tres actitudes que ellos deben percibir para encontrar en las mismas esas buenas razones que motiven su interés y su tenacidad en orden a superar esos momentos o esas rachas en los que parece que todo viene a la contra, que todo sale del revés.

Que en tiempos de máscaras y disfraces, nadie pierda su mejor rostro.